

Roberto Madero

EL ORIGEN DE LA HISTORIA SOBRE EL DEBATE ENTRE VICENTE FIDEL LÓPEZ Y BARTOLOMÉ MITRE

1. Desapariciones. La forma bibliográfica como representación historiográfica

El debate que sobre asuntos históricos sostuvieron Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre durante 1881 y 1882 fue leído como un momento fundador de la historia del país; más que una polémica sobre la naturaleza de la historia y algunos de sus temas, fue percibido como el origen de la historia nacional. Un momento de balance que permitía distinguir lo viejo y lo nuevo, fundando una nueva historicidad en las letras y en la historia y fortaleciendo la convicción de tener un pasado y de haber alcanzado un lugar en la modernidad.

En las representaciones del progreso del conocimiento y de la cultura de toda la nación, a López le correspondía la parte del pasado y a Mitre la del porvenir. Su rivalidad encerraba una renovación decisiva pero su costo fue la soledad: en el interior de esa escena fundadora de la tradición nacional, los dos estaban solos.

Tal como suele suceder en esos casos, el resto de los historiadores (si existían) pasó a segundo plano; y muchos aspectos del debate mismo fueron sacrificados para hacer posible nuevas operaciones y nuevos usos. Entre otras, se borraron del debate algunas intervenciones de los contendientes y también el soporte material que lo había transmitido, los diarios. Como si ese modo de publicación hubiera implicado una lógica incompatible con la de la historia, la facciosa y oportunista prensa de la época que originariamente los había puesto en circulación fue sometida entonces a una operación aséptica y los textos que llegaron al libro son el resultado de una rigurosa selección previa.

En el traslado al libro se respetó la voluntad de Mitre y su versión del futuro; pero en una admirable operación histórica se logró hacer invisible el modo en que esa decisión afectó a la selección de los textos y a su publicación. En el medio encendido y polémico del periodismo, es decir en medio de un público dividido y apasionado por su destino, Mitre exhibió el espectáculo de una historia ya convertida en libro, y a la vez el drama de un pueblo cuyo verdadero y trascendental destino se cifraba en el saber y en el progreso.

El pueblo era, en el periodismo, solo el público enfervorizado del presente y la operación de Mitre consistió en cambiarlo de lugar: en el

libro, el pueblo pasaría de público a lector, y ese pasaje suponía una compleja operación de distancia y de reflexión respecto del pasado y de la política nacional. Hasta entonces, la historia había exhibido sus formas más consagradas como propias de una realidad histórica conflictiva y había constituido una memoria cuya naturaleza podía corresponderse con la de la actividad pública del diario. Mitre dio forma a otra historia, cambió su naturaleza y representó la comunidad del saber científico como ajena a la vida política de ese público.¹

El primero en dar forma libresca al debate sobre lo que la historia debía ser fue por lo tanto Bartolomé Mitre, que mostró, defendió y legitimó esa forma en el periodismo como si este se adecuara ya a la naturaleza de su materia. El público de la época, sin embargo, frente al espectáculo poco usual de encontrar impresa la forma virtual del libro en las páginas del diario, podía confundir ambas formas de circulación. En sus hábitos de lectura, esa misma irregularidad bastaba para que esta fuera entendida como parte de la polémica, aun cuando de inmediato Mitre reimprimiera lo publicado en libro y convirtiera la apariencia en realidad. Es por eso que si bien el debate fue reivindicado como fundador por sus protagonistas, y así aceptado por los contemporáneos hasta ayer, no adquirió la forma ideal que se correspondía con esa función hasta que Ricardo Rojas, después del Centenario de la Revolución de Mayo, le hiciera perder definitivamente su forma de polémica periodística. Desde esta forma purificada, que confirmaba la distinción entre público y lector, se anunció el florecimiento de una nueva comunidad del saber.

Por ser Rojas el primero en dar forma a ese nuevo tipo de publicación, nos permitimos recordar el criterio de su edición sin separar su voz de la nuestra:

tiene el rencor una dialéctica y una estética la venganza [...]. Algo de todo eso hubo en el choque de Sarmiento y Alberdi. Pero este de Mitre y López no fue de esos choques. Baste recordar que se lanzó el reto en un libro, y el agredido recogió ese guante en otro libro, pues más de cuatrocientas páginas escribió Mitre para sus *Comprobaciones*. Con ochocientas le contestó su adversario y Mitre replicóle con un segundo volumen de cuatrocientas páginas. He ahí un rasgo característico de esta polémica solemne y grandiosa. Por más rápidamente que escribieran, la lucha cobraba una reflexiva lentitud. Como en la guerra de trincheras, la línea era larga, el ataque nutrido, la máquina difícil; pero el espectáculo de la antigua guerra campal desaparecía entre las nubes y las minas hasta no interesar realmente sino a los técnicos de esa guerra y a los filósofos de nuestra civilización.

La edición de Rojas confirma el lugar central que Mitre y López tienen en una biblioteca clásica argentina a comienzos de siglo según lo recuerda Borges en su entrevista con Napoleón Murat, al recorrer los libros de su infancia.

No se tenía el hábito de leer en castellano. Una biblioteca clásica francesa e inglesa y algunos libros argentinos que todo el mundo tenía [...]. La *Historia* de Vicente López, *San Martín*, *Belgrano*, por Mitre, libros de Sarmiento, etc. Más tarde, yo compré a escondidas el *Martín Fierro*. En mi casa no lo leían porque Hernández había militado en el bando de

los malos, porque había pertenecido al partido federal, al de Rosas. Imagínese este país, tan extenso y tan poco habitado. Todo el mundo se conocía personalmente, todos sabían a qué partido pertenecían los otros [...] toda la gente estaba ligada de alguna manera.²

Restaurar el texto y su soporte material, perdidos en la transmisión, va a modificar la imagen que nos hacemos de este origen sin alterar su función; y va a permitir, además, leer, en su censura, ciertas condiciones básicas que dieron lugar al reconocimiento –o al desconocimiento– de lo que es verdaderamente histórico en Mitre y en López. Al tratar el debate con la óptica que en heurística se denomina historia textual externa, Rojas ocultó las marcas del diarismo con una astucia próxima a la del falsario. Pero Mitre, en esa misma historia, había censurado las mismas marcas en un acto de propaganda muy visible y riguroso. Salvando proporciones y medios, ese acto puede evocar la censura de textos llevadas a cabo por el régimen absolutista, la religión y la ley. No se aspira a borrar toda traza material de lo que se condena; se ofrece en cambio con sus cenizas el espectáculo de un orden nuevo, triunfante y abarcador, no tan imaginario. Por último, lo que resultaría imaginario, hoy, es no soplar sobre esas cenizas.

Los útiles de descripción de los que disponemos se resisten no obstante a la tarea. Una enumeración bibliográfica tradicional del debate, incluso completa, y la reedición que esta anuncia de modo incipiente, volvería a suprimir gran parte del texto. Desde luego, podemos hacernos una idea rápida de lo excluido en el proceso de consagración.

Los dos textos más notables de López son *La gran semana de 1810* y *La loca de la Guardia*; de Mitre son tres artículos, menos voluminosos pero no menos relevantes que esas dos narraciones históricas: un estudio crítico americanista, “Ollantay. Estudio sobre el drama quechua”; un estudio bibliográfico satírico titulado “Los bibliófagos”; un editorial apologético, “Mayo”, y dos cuentos ajenos. Al cabo del proceso de consagración que Rojas cristalizó en libro, como se sabe, los reconocidos fueron el *Debate histórico* y las *Comprobaciones históricas*.

¿Pero cómo clasificar según las normas de la bibliografía tradicional una breve noticia anónima publicada en el interior de un diario, o el día preciso de aparición de un libro o de una revista? También en esos elementos está presente el texto del debate. No solo lo dicho explícitamente en él, sino también lo que se practica y se expresa a través del soporte material que lo vehiculiza, y que, junto con la representación impresa que lo presenta y la voz que lo lee, dan vida a la significación buscada y la interpretación dada. Tal como lo han formulado D. F. McKenzie y Roger Chartier en un trabajo sobre la bibliografía y la sociología del texto, la forma material de la edición da sentido al texto y a su lectura.³ En este caso, esos elementos bibliográficamente casi indescriptibles, a menudo insignificantes para la crítica, son los signos que revelan el sentido de una palabra que depende del presente; esos signos elaboran lo que la retórica llamó oportunidad, una característica central del mensaje en el soporte del diarismo. En un espacio donde todos se conocían y mantenían estrechas relaciones, como lo recuerda Borges, esos signos casi mudos que tejían la materia sensible de una rivalidad,

resultaban extremadamente visibles. De esos detalles puede depender el sentido de la intención de los autores, la atribución autoral, el valor de la autoridad en la tradición, el espacio físico y cultural que esta ocupa: demasiadas cosas para dejar de lado.

Dado que la descripción bibliográfica tradicional suprime o quita legitimidad a gran parte del texto implícito del debate, la elaboración de sus límites generales puede, por el revés de su lógica, resultar útil. Allí es donde se percibe hasta qué punto la construcción semántica y temporal de la descripción bibliográfica depende de la forma del libro. En el fondo, es posible pensar que nada se pierde; los textos reconocidos terminan en ese formato y ese es su registro apropiado. Pero al no decidirse a indicar con claridad la materia de un soporte como el diario o la naturaleza periódica adecuada al registro de un texto, la bibliografía tradicional exhibe precisamente el desapego del presente que caracteriza su forma platónica e intemporal. Y ese desapego –la forma del libro trascendente a la división y al conflicto público que se construyen en la utopía, la crítica o la demagogia más o menos consciente del diarismo– fue utilizado y representado por Mitre. Al inscribir la materialidad extemporánea del libro en el territorio del conocimiento, construye el libro y el saber como un objeto o una fuerza exterior al presente. La forma material del libro, la racionalidad y la objetividad presentes en él, provenían de un tiempo y lugar distintos de la inmediatez y de la urgencia sobre las cuales imponían una nueva razón y definían una nueva vida pública. La edición en libro dio forma apropiada tanto al texto ideal de la ciencia como al texto ideal de la nación, después de que hubiera dado al debate su texto ideal.⁴

Entre otras ideas anteriores, la idea de un texto ideal de la nación es la que parece abrir más interrogantes. Es sabido que la tradición republicana dominante entonces incorpora el conflicto del presente como un modo único, junto al de la ley, de evitar la corrupción de la sociedad, de la ética, de la política y de la administración. Pero, por otro lado, la nacionalización de la tradición republicana, en el caso de Mitre entre otros, coloca la violencia en el pasado y así la expulsa de lo inmediato y la borra del futuro, imponiendo la unidad por encima de la crisis. Como lo explica en uno de los textos del debate, naturalmente abandonado a la corriente turbia del diarismo, así lo necesita en el presente la nación. Es preciso forjar un lenguaje y un sentimiento que defiendan al Estado frente a los peligros que lo amenazan: un pasado político todavía presente de separación entre los pueblos, una coyuntura de fuerte definición territorial, una masa de inmigrantes de origen geográfico y civil diverso. Después de haber enfrentado y orientado los datos fundamentales de la sociedad política en las etapas de constitución nacional posteriores a Caseros, Mitre no encontró mayor razón para incorporar a su historia los signos provisorios de una corrupción que juzgaba intolerable. La república está en la inmediatez, la nación es lejana, y ante la aparición de lo irreconciliable, todos deben contemplarla y reflejarse en ella. Ese republicano alerta y austero que era Mitre necesitaba, frente a la contingencia, una eternidad. Y era en el libro y no el diario donde debía tallar su roca.

¿Qué decir de López? En cuanto al punto anterior, se debe apelar en alguna medida a la piedad progresista de la caracterización por oposiciones. La tradición histórica nacional ha trazado dos grandes retratos gemelos con ese procedimiento. Allí López es todo color y Mitre todo línea; uno tono y otro significado. Sentimiento, pasión y subjetividad en López. Idea, razón y objetividad en Mitre. Todas cosas necesarias, de diferente jerarquía. Pero en lo que se refiere al destino y al objeto de la intervención de López en el debate, el autor se entregó al diario, para llevarla luego al libro, solo para seguir el ejemplo de Mitre, o para completar su obra cuando era casi póstuma. Es en ese momento y en ese medio de publicación que López afirma que “nuestros archivos no contienen verdaderos secretos, ni encierran la solución de ningún problema histórico o social por resolver; contienen, cuando más, ínfimos o curiosos detalles sobre incidentes personales que en nada pueden cambiar la noción viva y general que todos tenemos de nuestra reciente historia y de nuestra tradición de ayer”.

Esta afirmación, y las consecuencias que encierra para la construcción de la nación, pierde su sentido absoluto si se la lee en otro contexto. Y esto se comprueba al ver la inversión que sufren esta opinión y su sentido apenas un año después del debate. Cuando López comienza a publicar su gran obra, *Historia de la República*, se opone punto por punto a lo proclamado antes, con un control notable de las pasiones puestas en juego. Luego de haberse dirigido un año antes al público del diario, cuenta todavía con él, pero ahora tendrá también en cuenta a otro interlocutor, el distante y distinguido conjunto de anónimos lectores de su libro. Este público es tan necesario para su empresa que López será capaz de cuestionar en favor de él su propia coherencia. La nación inmemorial puede entonces cobrar vida, aunque sea en las palabras de un narrador poco fiel.

La historia de López está instalada en los conflictos y las divisiones de la república. El periodismo era un medio de publicación muy apropiado, pero no el único al que se adapta oportunamente una historia de la que no debe esperarse una apariencia inmutable: “nuestra vida, toda entera, está todavía en la plaza pública de una manera notoria para todos”.⁵ Del mismo modo que su entrega al diario, la movilidad de la historia de López no debe sin embargo ser atribuida a la pasión con que se caracteriza al autor. Responde a un uso retórico, persuasivo de la palabra; es parte de un hábito de pensamiento del letrado, propio de un aprendizaje de formas mnemotécnicas, de una práctica del lenguaje más formalizada y sistemática que cualquier otra que tenga por objeto la sociedad.

Volveremos a López en su momento. Lo que ahora nos interesa es el análisis de la publicidad en que se dio el debate originariamente. Y dejando de lado la oposición con las formas trascendentes de publicidad practicadas por Mitre, es posible asegurar que la primera aparición canónica del debate provocó una impresión diferente a la previsible, ya que las posiciones que ocupaban los rivales parecían ahora menos simétricamente enfrentadas que esas mismas posiciones en medio del fragor inmediato de la polémica pública. Una segunda parte en el libro remedia la falta de convenciones adecuadas para la descripción

bibliográfica y la dificultad de acceso a parte de los escritos con la reedición de algunos de sus documentos.

Notas:

¹ Para el periodismo del período, además del trabajo indispensable de Tulio Halperin Donghi sobre Hernández y de los de Néstor Tomás Auza, véanse, en particular, Ema Cibotti, "Periodismo político y política periodística; la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular", en *Entre pasados. Revista de Historia*, año IV, núm. 7, fines de 1994; Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992; Julio Schwartzman, "Pólvora y tinta. La estrategia polémica de *Las ciento y Una*", en *Microcrítica. Lecturas Argentinas (Cuestiones de detalle)*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

² James Irby, Napoleón Murat y Carlos Peralta, *Encuentro con Borges*, Buenos Aires, Galerna, 1968, p. 62. La entrevista en *Cahiers L'Herne*, número dedicado a Jorge Luis Borges, París, 1964. Traducción de Ernestina Z. Gusmán

³ Véase de D. F. McKenzie *La Bibliographie et la sociologie des textes*, traducido del inglés por Marc Amfreville, prefacio de Roger Chartier. París, Éditions du Cercle de la Librairie, 1991. El prefacio de Chartier fue reeditado en *On the Edge Of the Cliff. History, Language, and Practices* traducido de Lydia G. Cocharane. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press. En la traducción a este volumen Chartier subraya la relación de la bibliografía de McKenzie con una historia de las prácticas. La explicación y la formulación de la edición en tanto texto son tomadas casi literalmente de las que él elaboró en ambos textos.

⁴ El texto de Mitre fue editado y leído posteriormente como ideal porque triunfaron los criterios específicos con que definió su estrategia material y verbal: la ciencia como único modo posible de conocimiento y la nación como único objeto de la memoria. No buscamos elaborar las formas de una tipología ideal del género debate, ni siquiera como, a partir de la razón ascendente y crepuscular del siglo burgués, lo hace Marc Angenot en *La parole Pamphlétaire*, París, Payot, 1982.

⁵ Las dos últimas citas fueron extraídas del *Debate histórico*. Salvo indicación particular utilizamos la edición de Rojas, que es la de más fácil consulta. Lamentablemente, las referencias al primer tomo de esa obra responden a la impresión de 1916 y las del segundo tomo a la impresión de 1921. La paginación de una y otra impresión de la edición de Rojas es diferente. Véase *Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Biblioteca Argentina, Librería La Facultad de Juan Roldán y Cía., Florida 359, 1921, tomo II, pp. 256-257.